

ESENCIA ABIERTA

Ver: *Esencia / Esencia y existencia / Esencia y principialidad / Persona*

«La marcha de la evolución de la vida es progresiva en formalización, ese carácter en virtud del cual se van creando esos recortes formales que constituyen la independencia de las cosas, de las acciones respecto de las cosas del medio, y de los aspectos del tono vital en el interior de un ser vivo.

Esa es la formalización que alcanza, en grado muy rico, el animal. Pero llega un punto en que esa formalización sube de grado y se convierte en hiperformalización. Esto sucede cuando en un animal la formalización alcanza un grado tal, que el elenco de respuestas que suscita en una acción no está asegurado por las propias estructuras del animal; no garantizan la adecuación de la respuesta.

En ese caso el hombre, animal hiperformalizado, ejecuta una operación muy trivial y muy elemental, pero en la cual hay, sin embargo, una innovación fabulosa en el Universo, que es precisamente: hacerse cargo de la realidad. La hiperformalización constituye precisamente al animal que se hace cargo de la realidad, de modo que pueda continuar la estabilidad de la especie.

Hacerse cargo de la realidad significa por lo pronto que las cosas ya no son mero estímulo, sino que se presentan como algo que son "de suyo" –cosa que no le acontece al animal–. Las cosas son de suyo y el animal es de suyo; pero no funcionan en la estimulación como siendo de suyo, sino como mera y simple estimulación en cuanto tal.

En cambio, en el caso del hombre los caracteres primarios y radicales de las cosas son precisamente ser realidad. El más trivial de los estímulos, a las pocas horas de nacer un niño es sentido por éste (el niño no podrá enunciarlo así, ni que decir tiene) como una realidad que es de suyo. Y en su virtud, el *medio* se convierte en algo completamente distinto. El medio no se convierte en un conjunto de cosas de unos sistemas estimulantes, sino en algo distinto: el inmenso, el indefinido campo de la realidad, que es lo que llamamos *mundo*.

Al hacerse cargo de la realidad, en virtud de esa función, las cosas no se presentan al hombre como medio sino como mundo. Lo cual, dicho en otros términos, significa primero que el hombre es radical y constitutivamente

una *esencia abierta*. Abierta precisamente al carácter de realidad de las cosas.

No está enclavada, pendiente de la cualidad de los estímulos, sino que está, en principio por lo menos, abierta a la realidad de las cosas. Y, ni que decir tiene, abierta en primera línea a su propia realidad. No da sus respuestas únicamente en virtud de la talidad de las suscitaciones, sino que da esas respuestas haciéndose cargo de la realidad, y de lo que a él realmente le va a acontecer. *Estructuralmente*, el hombre es animal de realidades.

Ahora bien, el ser animal de realidades envuelve una magna consecuencia para la sustantividad. Porque la sustantividad no se limita entonces a ser algo de suyo, sino que carácter de realidad es vivido en las acciones que ejecuta este viviente humano, este animal hiperformalizado, este animal de realidades. Y en su virtud la realidad no simplemente es algo que está funcionando en la vida, sino que es algo *para* lo que la vida está funcionando.

Abierta a sí misma como realidad, la sustantividad del hombre no solamente es de suyo, sino que es una forma especial "de suyo", que consiste en ser "suya". No es lo mismo ser suyo, que ser de suyo. Todas las realidades son de suyo. Solamente la realidad humana (por lo menos sólo las esencias abiertas) son realidades que son suyas, además de ser de suyo. Y el ser suyo es justamente lo que llamamos *persona*.

Esta es la verdadera sustantividad, la radical sustantividad. El hombre es *estructuralmente* animal de realidades; *modalmente* es realidad "suya": persona. Todas las demás sustantividades que he ido exponiendo aparecen evolutivamente, como un *primordium* cada vez más próximo a esta sustantividad del animal hiperformalizado que es el hombre, que es la persona. La persona es una esencia abierta.

Una esencia abierta ante todo y sobre todo (y por eso es persona) a su propia realidad, y en ella a la realidad de las demás cosas precisamente en tanto que reales.

Y por esto, la apertura modifica justamente el carácter de "en sí" que tiene la realidad humana. Todas las demás esencias –esencias cerradas las he llamado– lo son, porque son en sí mismas efectivamente de suyo aquello que son. Sí.

Pero el hombre está abierto a su propio carácter de realidad. Ahora bien, esta apertura no es lo radical, como si efectivamente las estructuras del en sí fuesen el precipitado existencial de lo que acontece en la vida. No. Ni tampoco es la apertura una especie de apéndice problemático que le acontece al viviente humano: tampoco es esto. Sino que la apertura es una *modificación estructural de estructuras que en sí mismas posee el ser humano, la realidad humana*.

Y, efectivamente, tómese el caso de la inteligencia, que al fin y al cabo es el exponente radical de esta condición. La inteligencia es algo que tiene el

hombre *en sí* mismo. La mía es distinta de la de los demás, y la de los demás es distinta de la mía, etc., por lo menos numéricamente. [...]

La inteligencia es *una* nota de lo que el hombre es "en sí", pero en función trascendental esta nota nos abre al *todo* de la realidad *qua* realidad.

Tenemos precisamente en función trascendental la inteligencia como una esencia abierta, completamente distinta de la esencia cerrada. [...]

El surgir precisamente de las esencias abiertas en el seno del Universo, en la respectividad radical en que consiste el Universo, es un modo de surgir que será una modificación del modo como surgen efectivamente las esencias cerradas.

Es una *modificación de esa evolución*. Pero estricta evolución. Surge por determinada evolución. Y esta evolución no consiste ya simplemente en un paso de la estabilidad de la materia a la realidad que cobra en esta evolución una mismidad. Es algo más radical: es una mismidad que continúa siendo la misma, pero que termina abocadamente en ser una persona. Aquí se trata del paso de la mismidad a la personización de la vida.

Esta personización, el ser persona, digo, consiste justamente en ser suyo. Si se me permite el brutal vocablo *suidad* (para hacerme entender rápidamente), diré que el problema con que hay que enfrentarse es justamente con el de la transición dinámica y envolvente de la mismidad a la suidad. Es *el dinamismo de la suidad*.»

[Zubiri, Xavier: *Estructura dinámica de la realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1995, pp. 205-209]



«Toda esencia, y en primer lugar una esencia cerrada, es siempre y solo una esencia que es *de suyo*. Por ser *de suyo* es *suya*. Mejor dicho, es *de suyo* porque es una u otra forma es *suya*; quiero decir que es, se pertenece a sí misma desde un punto de vista, si se quiere, puramente material: es lo que es ella en sí misma y no más.

En cambio, la esencia abierta tiene un carácter distinto. Ciertamente, comparte con las demás esencia el ser algo en sí. De esto no hay la menor duda, como tampoco la hay en ser algo suyo. También en esto comparto mi condición con una lámpara.

Pero hay algo que distingue mi realidad de la de una lámpara, desde el punto de vista del problema que nos ocupa, y es que no solo yo soy mío como una lámpara es suya, sino que yo en buena medida consiste en ser mío, cosa que no le acontece a una lámpara, puesto que no es lo mismo ser una realidad que consistir en ella.

De una mesa podemos decir que es colorada, pero no que consiste en ser colorada, ya que, por una parte, puede pintarse de otro color sin que deje de ser esa mesa y, por otra, hay muchas cosas coloradas que no son mesas. Ahora bien, yo no solo soy mío, sino que además consisto en buena medida

en ser mío. Precisamente este momento del *consiste* es el que enuncio afirmando que formal y reduplicativamente consisto en ser mío, en envolver mi momento de realidad. No solo soy real, sino que consisto en estar abierto a mi propia realidad, en comportarme respecto de mi propia realidad.

Por consiguiente, soy mío en un sentido reduplicativo y formal: no solo mío, como lo es una lámpara por ser una esencia en sí misma, sino que además lo soy desde el punto de vista formal de mis actos y, por consiguiente, de la misma estructura primaria de la que estos actos emergen.

Soy formal y reduplicativamente mío en cuanto realidad. Soy mi realidad. De ahí el carácter absoluto que posee mi persona frente a todo, incluso frente a Dios. No hay duda ninguna. Por eso el bien mayor que Dios ha creado en el mundo es el de una esencia que define su realidad respecto de sí misma; si se quiere, que es libre. [...]

En este carácter, en virtud del cual decimos que la esencia humana es suya, al que nos referimos cuando expresamos que el hombre es persona. Con ello quiere decirse, ante todo y, sobre todo, que persona es un carácter transcendental, no un carácter meramente talitativo.»

[Zubiri, Xavier: *Sobre la realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 2001, p. 202-204]



«Una esencia son cerradas, es decir, no hacen más que existir en sí mismas, mientras que otras son abiertas al carácter mismo de realidad en que la realidad consiste, y este segundo carácter es una modificación del primero, de suerte que sería un error metafísico, en el que se ha caído varias veces, el sustantivar la apertura en cuanto tal.

La apertura es siempre y solo un modo y una modificación de un *en sí*. De la esencia abierta hay que decir, que *en sí es abierta*. Esta diferencia entre esencia abierta y esencia cerrada es una diferencia transcendental, no por adición ni por contracción –lo primero sería imposible y lo segundo me parece que no es más que una metáfora– sino por actualización distinta.

Toda realidad es real y el hombre puede actualizar esta realidad tal como ella es, *ὡς ἔστιν*, que diría Aristóteles, pero puede la realidad en cuanto tal tener una actualización de otro tipo, no *tal como* es sino *en cuanto tal*. Ese *en cuanto* en la inteligencia es lo propio de la esencia abierta.

Toda esencia, inclusiva la cerrada, es una realidad en sí, pero la realidad en cuanto tal no adquiere en cierto modo un carácter autónomo más que en una esencia abierta. Lo propio de toda esencia, tanto abierta como cerrada, es ser siempre suya.

Ahora bien, la esencia abierta es aquella en que su carácter de *suyo* actúa o interviene formal y reduplicativamente en su propio comportamiento. No solo es real y hace las cosas porque sean reales, sino que se comporta formalmente respecto de su carácter mismo de realidad. Es suya en esta

forma reduplicativa y formal, y la forma de ser suya de este modo es lo que llamamos *persona* en el sentido de *personidad*.

Esta personidad es un carácter transcendental cuyo acto segundo es el Yo, que no es la realidad sustantiva de la esencia humana pero sí su ser sustantivo. E

ste ser se va configurando en todo acto y a lo largo de toda la biografía. Va logrando en esa figura la de su ser sustantivo, al que temáticamente he llamado personalidad.»

[Zubiri, Xavier: *Sobre la realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 2001, p. 215-216]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten